

XXV Aniversario de la Asociación de Estudios Cooperativos.

por
JOSÉ LUIS DEL ARCO

Nada más oportuno, para mí, que transcribir a continuación el artículo que escribí al día siguiente y que se publicó en nuestro quincenal *Mundo Cooperativo* en los primeros días del mismo mes de marzo. Dice así:

«GLOSA A UNA ASOCIACIÓN

En la tarde de ayer —por más señas, Miércoles de Ceniza—, en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Económicas que se alberga en el vetusto edificio de la calle de San Bernardo, y bajo la presidencia de su decano don Valentín Andrés Álvarez, nos reunimos una treintena de personas para dejar constancia oficial de la constitución de la Asociación de Estudios Cooperativos, una vez que sus Estatutos habían merecido la aprobación de la autoridad.

Al lado de caras conocidas otras desconocidas, aunque yo sabía que iban allí impulsados por la misma vocación. No faltaba la representación femenina, y con los que ya estamos obligados a considerarnos personas maduras se codeaban bastantes figuras juveniles y universitarias, que seguramente por la mañana, recorrerán los claustros y pasillos de las aulas que hace muchos años también nos fueron familiares.

Todo discurrió en estilo llano no exento de entusiasmo. José María Rianza explicó la breve historia de la naciente institución. Nos eligieron a varios para los cargos directivos. Se intercambiaron proyectos y sugerencias aún sin madurar.

El Padre Manuel Sánchez Ariza dio el tono elevado y espiritual que ya no nos sorprende aunque siempre nos subyuga. Y el decano concluyó con unas justas y sentidas frases.

Del remanso del aula pasamos a la vorágine de la ciudad en una noche desusadamente templada. Un altavoz del próximo bar gritaba las incidencias de un partido de fútbol internacional que, a la misma hora, congregaba las masas en el Estádium. Tras una cordial despedida, cada uno se perdió en su propio destino.

* * *

Yo me fui cavilando.

Nos habíamos reunido unos pocos y el hecho habría de pasar inadvertido. No era *noticia*. Pero yo pensaba en los incontables que fuera de aquel Salón de

Grados y ajenos a lo que allí habíamos iniciado sienten el interés y la inquietud del cooperativismo. A lo largo y ancho de la geografía patria son muchos los que coinciden en creer que la cooperación es uno de los remedios más eficaces de la que se ha dado en llamar cuestión social. Hace ya tiempo que sé que no camino solo y que conmigo muchos —incontables— avanzan guiados por la misma estrella, aunque por senderos distintos, y a lo mejor, tan próximos y, sin saberlo, como los que marchan bajo la noche. Pero ya he dejado de sorprenderme cuando, en los medios más insospechados, tropiezo con gentes que hablan mi mismo lenguaje cooperativo.

La Asociación intenta ser centro de referencia a que todos los que coinciden en la inquietud sobre la teoría y la práctica del cooperativismo, y vehículo que nos conduzca hacia metas perfectamente definidas, al servicio de superiores ideales. La responsabilidad que nos hemos echado sobre los hombros es grande. Pero si logramos nuestros propósitos habremos merecido en alguna medida el reconocimiento, y yo estimaré timbre de honor que el día de mañana mi modesto nombre pueda ser recordado como uno de los fundadores.

Como Asociación de Estudios nace con espíritu abierto en el propósito de los fundadores. Cualquier idea, expuesta con honestidad y buena fe, tiene derecho a la acogida respetuosa y puede servir al diálogo y la controversia constructivos. Pero ¿será necesario hacer profesión de fe? El Padre Manuel nos lo recordó y sus palabras expresaban mis propias ideas. La asepsia de unos Estatutos no puede confundirse con la asepsia del espíritu. Cuando el Mundo está dividido ideológicamente en dos sectores extremos, las actividades neutralistas resultan sospechosas y en la defensa de la filosofía espiritualista y católica contra cualquier filosofía materialista, nos declaramos abierta y rotundamente beligerantes.

La Asociación quiere ser también puerta de comunicación. De dentro a fuera, y de fuera a dentro.

Nos duele constatar la ignorancia de nuestros intelectuales sobre el pensamiento y las realizaciones cooperativas allende las fronteras. Debemos conocerlos para aprender lo que tengan de bueno y asimilable y para saber distinguir lo que se intente pasarnos como buena moneda, siendo falsa.

Pero nos duele tanto, o más, la ignorancia que acusan los de fuera sobre nuestras realizaciones, que también son estimables y tan auténticas como las que nos quieren mostrar una propaganda que no siempre es honesta y de buena fe. Intentaremos superar la incapacidad racial del español para la propaganda de sus propios valores.

La Asociación también quiere atar lazos con cualesquiera organizaciones que coincidan con sus fines y competencia, ofreciendo con la mejor intención la mano abierta, a condición de que se la reciba con la misma sinceridad.

Para todos estos propósitos alimentamos proyectos ambiciosos y llenos de optimismo, porque sin éste no son posibles las grandes empresas. No dudo que lo que hasta ahora sólo fueron simples esbozos pronto se irán concretando en programas de actuación, mucho más si los entusiastas del cooperativismo se adhieren sin regateos a la Asociación y comienzan por aportar sus propias ideas.

Porque las puertas de la Asociación quedaron abiertas a todos, y los que ya estamos dentro esperamos con impaciencia a los que, por no haber sabido a tiempo su constitución, no tuvieron oportunidad de sumarse a nuestro impulso.

Y para terminar, una innecesaria aclaración. Aquí no hay prebendas, ni puestos copados, ni privilegios. Quien más desee trabajar será también el primero en rango. Si unos pocos hemos aceptado provisionalmente la carga, que no el cargo, de dirigentes, estad seguros de que deseamos vernos prontamente reemplazados por otros más jóvenes, más entusiastas si cabe, más competentes y pres-

tigiosos, y sólo aspiramos que a la hora del relevo se reconozca que, si no tuvimos méritos especiales para enarbolar los primeros la bandera de esta Asociación, los suplimos con nuestro entusiasmo.

* * *

Algo así iba pensando cuando, tras la reunión constitutiva de nuestra Asociación, me perdí en el tráfico de la gran ciudad, camino de mi hogar.
Madrid, 2 de marzo de 1960.»

Releer lo que entonces me sugirió, a modo de glosa, la fundación de nuestra asociación, me llena de evocaciones.

Han transcurrido veinticinco años, que no es un período corto en la corta vida del hombre.

La Asociación nacía en un momento en que la acritud de la política de entonces, sin olvidar sus principios inspiradores, se había suavizado.

Era el comienzo de la apertura. La Obra Sindical de Cooperación contribuía muy eficazmente a desvanecer fantasmas y a valorar positivamente el cooperativismo. Al siguiente año 1961 se iba a celebrar la magna Asamblea Nacional de Cooperativas, con una concurrencia inusitada, asistencias numerosas de observadores extranjeros, y una pasión en las discusiones extraordinaria, sobre todo en la materia cuya ponencia me fue confiada: el futuro ordenamiento jurídico y fiscal del cooperativismo. Esta Asamblea marcó un hito en el desarrollo del cooperativismo en nuestra Patria. Las conclusiones entonces aprobadas habían de seguir y siguen inspirando aún nuestra legalidad cooperativa.

Es innegable que nuestra Asociación contribuyó desde el comienzo, aunque modestamente, a ir formando un clima favorable a los objetivos que nos habíamos trazado.

En los primeros tiempos, los Mandos Políticos de turno pudieron contemplarnos con cierto recelo, pero sería exagerado pretender acentuar esta nota.

La Asociación, en todo momento, ha vivido con dignidad, sin concesiones, y abierta a todos los interesados por el cooperativismo, sin preguntarles por su ideología o filiación políticas.

Económicamente su suerte ha sido varia porque las cuotas de los asociados son insuficientes para los programas que ambiciosamente se traza; precisa de mecenazgos, que en ocasiones fueron más o menos generosos, según su procedencia, y en alguna ocasión, muy pocas, la rabieta de algún Mando político se tradujo en cortar ayudas económicas.

El tiempo trajo la paz y la mutua comprensión. Los políticos nos vieron sin recelos, y las ayudas económicas se nos proporcionaron con justeza y a veces con generosidad, lo que traducía en la más amplia realización de actividades. Esto corresponde a los últimos tiempos del período que se da en llamar «franquista».

EVOCACIÓN DE UNA FECHA

La entrada en el régimen que ahora vivimos supuso de momento para la Asociación un parón.

A más de uno de nosotros se nos tachó —injustamente— de sospechoso, como herederos del pasado. Con la libertad proclamada, otros pensaron que la Asociación no era necesaria o que, al menos, no debía ser exclusiva y que era llegada la hora de proliferar otras Asociaciones. El mecenazgo económico se desvaneció aunque más tarde afloró en muy modesta medida y con interrupciones.

Nuestra Asociación continuó viviendo con su misma dignidad e independencia, pero más empobrecida.

No han faltado reproches a sus directivos. Eramos *viejos* y debíamos dar paso a los jóvenes con nuevas ideas y más acometedores. Nunca habíamos cerrado las puertas al arribo de nuevas generaciones. Es más, las anhelábamos. Algunos jóvenes arribaron, pero encontraron poco atractivo el panorama.

La nueva hora democrática vivía jornadas muy vivas y apasionadas, también desorientadas en gran medida, por qué no decirlo; y el cooperativismo no era para nadie una bandera.

Nuestra Asociación siguió viviendo su dignidad e independencia, cumpliendo mínimamente, dentro de sus posibilidades.

Ultimamente parece haberse iniciado una reacción saludable. Nuestras filas se acrecientan, en gran medida por universitarios. Soplan aires renovadores. Se trazan programas. La política, más sosegada, produce el efecto de que desde ciertos sectores se comience a fijar la atención en el cooperativismo y su futuro, y este clima, aunque incipiente, favorece a nuestra Asociación.

A la hora de hacer balance, ¿qué queda de más positivo?

Queda, sobre todo, nuestra Revista, que ya cumple el número 51 y cuyos últimos números se editan a medias con la Universidad. Es una revista de indudable rango científico, y cuando la Asociación, pasados los años, pueda morir —todos los seres vivos acaban muriendo—, el que quiera saber de una Asociación de Estudios Cooperativos que existió, encontrará en los ejemplares de su Revista la más auténtica expresión de sus objetivos y quehaceres.

Queda también un constante y progresivo acercamiento a la Universidad y de la Universidad a la Asociación por interesarse profesores y alumnos en una doctrina económico-social y una filosofía y una práctica, cual es el cooperativismo, que no morirá sino que está llamada a cumplir un papel de primera línea en ese nuevo mundo que se nos anuncia, producto de una nueva revolución industrial, de consecuencias difíciles de imaginar, ni siquiera por los más ilustres futurólogos, pero todos coincidentes en que se está abriendo para la Humanidad una nueva era, que deseamos sea de justicia y libertad verdaderas, en lo económico-social, cual lo viene preconizando el cooperativismo.